

MEMORIA DEL OLVIDO

«Plaza
Oriental»

JOSE ANTONIO ABELLA

Desde la torre de San Justo, compartiendo perspectiva con los cigüeñinos que, en estos días previos a su primer vuelo, aletean, nerviosos, en sus nidos, nuevamente comparamos la plaza Oriental de nuestro fin de siglo con una interesantísima fotografía tomada en sus comienzos.

En el primer plano aparece el corralón del Gran Parador del Acueducto, punto de encuentro de mercaderes y carreteros que bajo su techo pernoctaban tras yantar su omnipresente cabrito, «más huesos que carne, huesos de crimen» si hemos de creer a Ramón Gómez de la Serna, quien, hacia 1921, fecha en la que se escribía *El Secreto del Acueducto*, allí estuvo alojado durante mes y medio: «Por la puerta del comedor se veía cómo los carros entraban en el portal de la posada, yendo hacia el corralón, como pasajeros que entran en su casa (...) En el corral del parador sonaban los cencerros de la luna, y aquella cencerreada tupida del corral lleno de bueyes repanchigados sobre el suelo...».

Frente al parador, las casas de la calle Gascos y las también desaparecidas de la acera derecha de la subida de San Juan nos acercan a una concepción de este espacio menos grandiosa y escenográfica, aunque acaso más humana, que la que se quiso dar con los proyectos, nunca ejecutados sino en lo que a derribos se refiere, que se vienen sucediendo desde 1946 y cuyo resultado, de sobra conocido, no fue sino la creación de un nudo de carreteras con el Acueducto como telón de fondo.

Afortunadamente suprimido el tráfico bajo sus arcos, pero siempre pendiente la necesaria y amplia peatonalización que humanice su entorno, la franja de jardineras delimita un espacio ridículo para proteger al monumento tanto de las emanaciones de los coches circulando a un metro de sus pilares como de la agresión estética que esta circulación supone. Caos automovilístico la mayor parte del día, edificios abortados como si no fueran otros los males de ese lugar, indefinición urbanística, falta de criterios o de valor para aplicarlos..., ingredientes sabiamente reunidos para conseguir en espacio inhóspito como tarjeta de presentación de una ciudad que con demasiada frecuencia, bajo el engolado tratamiento de Patrimonio de la Humanidad, disfraya la inhumanidad con que trata su propio patrimonio.

1921. Aparece el corralón del Gran Parador. Foto cedida por Nacho Davía.



1994. La franja de jardineras delimita un espacio ridículo. Foto M.J. Martín.

